



ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA:

RELACIONES



DEMETRIO BOERSNER
ALBERTO MICHEO
LUIS UGALDE

PETROLEO

COBRE

CAFE

AZUCAR

DERECHOS HUMANOS

BANANOS

Dictaduras

CUBA

CANAL DE PANAMA

CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO

- 1: Latinoamérica: Paz o Violencia Institucionalizada
- 2: Análisis Socio-Político de la Iglesia Latinoamericana (Reeditado)
- 3: La Iglesia Latinoamericana busca su rostro
- 4: Tipos cristianos en Latinoamérica hoy
- 5: El Exodo
- 6: Liberación y Liberaciones
- 7: Salvarse en Latinoamérica
- 8: Cautiverio y Creación
- 9: Los libros sapienciales: mujeres, plata, poder
- 10: Los cristos de América Latina
- 11: Jesús de Nazareth

CRISTIANISMO HOY

- 1: Proceso Histórico de la Iglesia Venezolana
- 2: Cómo leer el Antiguo Testamento
- 3: El Antiguo Testamento leído al Pueblo

ESTADOS UNIDOS

RELACIONES

AMERICA LATINA

I. SINTESIS HISTORICA: 1776 - 1976

Introducción

La Formación de las Dos Américas

La época de la Independencia

Los Comienzos del "Destino Manifiesto" (1828 - 1889)

El Angel del Imperialismo (1889 - 1932)

Epoca del Buen Vecino (1933 - 1945)

Guerra Fría y Situación Actual (1946 - 1976)

El Impacto Norteamericano Global: Democracia e Imperialismo

II. LA ALIANZA PARA EL PROGRESO: 1961 - 1965

La Alianza contra Cuba

El Engaño de la Alianza

Hacia las Buenas Relaciones con Nosotros Mismos

III. CARTER Y LA COMISION TRILATERAL: 1977, mirada al futuro

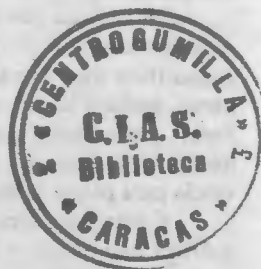
Una Interpretación Ingenua

La Comisión Trilateral

Ideología Política

Una Inteligente Maniobra

Primeras Actuaciones de Carter



CENTRO GUMILLA

Avenida Cristóbal Rojas, No. 16 - Santa Mónica

Apartado 40225 - Telf. 661.28.40

CARACAS 104 - VENEZUELA

1977

Introducción

Venezuela es un país que busca su independencia. Para lograr la independencia de potencias extranjeras es necesaria la emancipación interna, la liberación de la mayoría del país. En la medida en que esta mayoría aune su trabajo creador por una Venezuela justa y próspera, será posible recorrer el camino de la independencia del exterior. No se propone el aislamiento, sino la independencia, la liberación del actual sometimiento económico y cultural. La tarea nacional propuesta por los libertadores está por hacerse.

El ideal en el mundo actual es la interdependencia entre países, que se relacionan mutuamente, se intercambian y se necesitan. Este ideal no es realidad: las grandes potencias imponen sus intereses estratégico militares y los países industrializados imponen las condiciones del comercio mundial en términos desiguales. Venden muy caros sus productos industriales y alquilan, más caro aún, la tecnología avanzada que controlan. Por eso hay una tendencia mundial hacia la unión de los países sub-desarrollados y dominados con el fin de hacer un frente común y defender los precios de los productos agrícolas y mineros, que constituyen preferentemente sus ventas mundiales.

Aparte de estos bloques mundiales de intereses hay otro factor importante en el planteamiento de las relaciones internacionales: es lo que se llama el factor geopolítico. La geografía mundial condiciona enormemente la política: Venezuela geográficamente pertenece al continente americano. Esto impone una relación especial con EE.UU. por una parte y con el resto de América Latina y Canadá por otra.

Con América Latina comparte en solidaridad —deseada y poco lograda todavía— una situación común de dependencia y subdesarrollo, además de raíces históricas y culturales. El bloque latinoamericano es una aspiración de todos los que buscan la independencia de nuestros pueblos.

EE.UU. de Norteamérica ocupa un lugar especial en la consideración geopolítica de América Latina y de Venezuela. Con más razón todavía América Latina tiene un significado geopolítico muy estratégico en la política norteamericana. Pertenece a un mismo continente, incluso la mitad del actual territorio norteamericano tuvo cierta influencia hispánica. Pero, por razones que ahora no es del caso analizar, su historia desde la independencia ha hecho verdad aquella frase de Bolívar: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad" (1).

Y esto no porque el pueblo norteamericano sea innoble, sino porque su economía y su política han estado y están dominadas por una sed de expansión y dominación. Como dice un autor norteamericano "Toda la historia americana está marcada por una perpetua tendencia a la expansión: sed de tierras, sed de poder, sed de novedad, sed de grandeza" (2).

El pueblo norteamericano, noble, trabajador y exitoso, ha sido guiado por el capitalismo imperialista. El pueblo latinoamericano, por la ineptitud y frecuente deshonestidad de sus líderes políticos y económicos, ha sido sacrificado a esa sed de expansión.

Si queremos recuperar unas relaciones de dignidad, respeto y colaboración entre los pueblos de este continente tenemos que empezar por corregir esta relación histórica. Para corregirla es conveniente conocerla.

Este folleto pretende ser una ayuda a esa comprensión; una contribución para que las jóvenes generaciones venezolanas puedan trabajar por una relación más fraterna con los pueblos a partir de una real independencia.

El folleto tendrá tres partes.

En la primera, Demetrio Boersner nos presenta una síntesis histórica de las relaciones de Estados Unidos y la América Latina.

En la segunda, Luis Ugalde, aborda el estudio de las relaciones en tiempos de la "Alianza para el Progreso" que engañosamente han sido presentadas como relaciones ideales entre nuestros pueblos.

En la tercera, Alberto Micheo, presenta algunas previsiones de lo que proyecta la política de Carter y los estrategias de la "Comisión Trilateral".

Naturalmente el futuro es difícil de preveer, pero todos los elementos aquí presentados son indispensables para buscar un camino de verdadera independencia.

- (1) Bolívar, Simón. Obras Completas, Vol II pág. 737.
- (2) Max Lerner: "América as a Civilization" (pág. 15).



Al intentar una síntesis de la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, necesariamente colocamos en el centro de nuestras reflexiones los fenómenos tan evidentes a primera vista de la desigualdad en el desarrollo, de la dominación y la dependencia.

Los intérpretes de la historia de las relaciones latinoamericanas tienden a dividirse en diversos campos. En un extremo, el hecho de la desigualdad de desarrollo es explicado como resultante exclusivamente de causas internas en cada una de las dos Américas, sin tomar en cuenta el impacto de la una sobre la otra. El otro extremo es el del énfasis desmedido y excluyente en la acción explotadora del norte con respecto al sur, tomándose la "dependencia" (transformada en concepto absoluto que no requiere análisis ni explicación) como autora de todos los males latinoamericanos. Nosotros trataremos de adoptar una posición dialéctica que rehuya las simplificaciones y que tome nota tanto de los factores internos de ambas Américas como de sus relaciones mutuas, para contribuir a la explicación de la desigualdad y la dominación imperial realmente existentes.

LA FORMACION DE LAS DOS AMERICAS

La América Latina fue conquistada y colonizada un siglo antes que Norteamérica; de allí que recibió el impacto de la última etapa del Medioevo, en tanto que las trece colonias inglesas del norte fueron forjadas bajo el impulso de una sociedad británica ya entrada en su fase capitalista y de liberalismo incipiente.

Si bien es cierto que el paternalismo católico, semifeudal y mercantilista de las coronas española y portuguesa produjo en América Latina desde el siglo XVI obras culturales y sociales dignas de admiración y que no tienen parangón en la colonización inglesa, también es innegable que las potencias ibéricas implantaron en sus colonias una sociedad estática, jerárquica, autoritaria y regida por el dogmatismo: una organización social obstaculizadora de la libre iniciativa de los hombres y de la formación de una economía dinámica y autónoma. En cambio, la colonización inglesa en Norteamérica estuvo signada desde su comienzo (1607) por la

igualdad entre los ciudadanos y la libertad de empresa y de pensamiento. Expresión del nuevo orden burgués y capitalista, superior al viejo sistema aristocrático y feudal-mercantilista, las colonias inglesas de América del Norte poseyeron desde el principio las condiciones necesarias para desarrollar una sociedad pujante, progresista y dominante.

En América Latina, además de la importación de estructuras todavía medievales, la explotación mercantilista fue rigurosa, succionando riquezas y restringiendo la creación de empresas locales. La acusación de que el capitalismo europeo se edificó en gran medida sobre el despojo y la explotación de Latinoamérica y las Antillas se basa en la realidad de los hechos, y ello contribuyó al estancamiento de un subcontinente ya plagado de instituciones internas opresivas.

LA EPOCA DE LA INDEPENDENCIA.

En los Estados Unidos existió una corriente vivamente interesada en una expansión hacia el sur, desde los comienzos de la

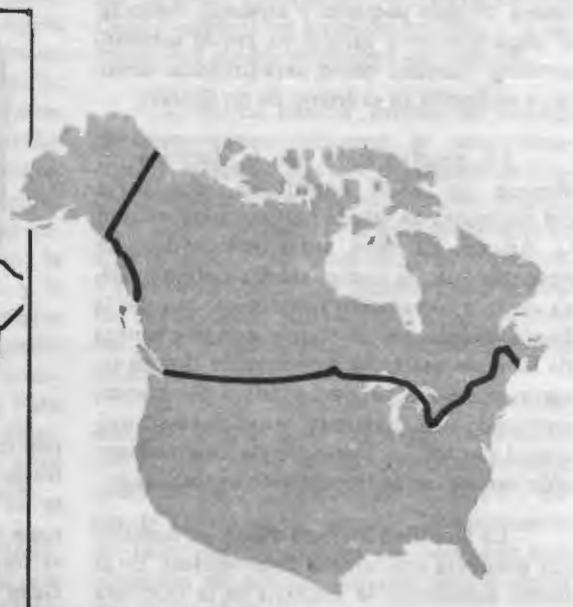
república norteamericana. El Partido Demócrata (inicialmente llamado republicano-demócrata), dirigido por Tomás Jefferson, reflejaba esa tendencia en el plano político. Los demócratas representaban a la población rural y semirural del centro-oeste y del sur, y combinaban el populismo con el expansionismo territorial. A la vez que defendían a los agricultores medianos y pequeños del poder del capitalismo de la región del este, propugnaban la colonización de nuevas tierras vírgenes, gratuitas o baratas, para dar sustento a mayores contingentes campesinos. Por otra parte, también los grandes hacendados esclavistas del sur influían en el partido de Jefferson y paulatinamente llegaron a dominarlo. La oligarquía sureña igualmente deseaba la expansión, con el fin de ampliar la base territorial del esclavismo y de la producción algodonera, tabacalera y azucarera en gran escala.

adquirieron el control sobre el Misisipí, la posesión del puerto de Nueva Orleans, y la posibilidad de la expansión ilimitada hacia el oeste. De inmediato, los terratenientes y comerciantes algodoneros del sur comenzaron a mirar hacia la región de las Floridas, que quedaban en manos de España. En tres etapas (1810, 1813 y 1818) las Floridas fueron anexadas a los Estados Unidos y el tratado Transcontinental (Adams-Onís) de 1819 legalizó la transferencia de ese territorio de España a la república norteamericana.

Por otra parte, la oligarquía sureña miraba con ojos codiciosos hacia Cuba, emporio azucarero y esclavista riquísimo. La marina de los Estados Unidos compartía el interés de los oligarcas por la isla: desde el punto de vista estratégico, Cuba domina la entrada y salida del Atlántico al Golfo de México y, en manos enemigas, puede servir de base para un bloqueo a Nueva Orleans.



En 1803, bajo la presidencia de Jefferson, los Estados Unidos compraron el territorio de Luisiana, recién devuelto por España a la Francia napoleónica, y con ello



Reflejando el interés de ambos sectores, Jefferson dijo en 1805 que Cuba debería ser adquirida por Norteamérica más temprano que tarde. Generaciones sucesivas de estadistas y políticos pensarían de la misma manera.

Desde el comienzo de la revuelta haitiana en 1791 hasta la independencia definitiva de Hispanoamérica, la diplomacia norteamericana compitió con la británica en el empeño de ejercer una influencia amistosa sobre movimientos rebeldes. Desde el año 1810, agentes "comerciales" estadounidenses se establecieron en las principales ciudades hispanoamericanas con la misión de convencer a los patriotas de que, en su lucha contra España, Norteamérica y no Inglaterra sería su mejor aliada extraoficial. Año tras año, a lo largo de la gesta independentista latinoamericana, continuó la competencia angloyanqui por la influencia sobre los nuevos países en proceso de formación. La victoriosa fue claramente la Gran Bretaña: ninguno de los libertadores y próceres latinoamericanos tuvo dudas en cuanto a lo positivo y práctico del aporte inglés, comparado con la debilidad y la inefectividad de la nación norteamericana todavía pequeña y atrasada. Además, el expansionismo sureño ya era lo suficientemente marcado como para provocar temores y antipatía en el ánimo de un Bolívar.

La proclamación de la doctrina de Monroe en 1823 constituyó, por parte del secretario de estado norteamericano John Q. Adams, un hábil ardid diplomático. La potencia que, de hecho, salvó a Latinoamérica de una expedición reconquistadora de la Santa Alianza, fue Inglaterra, con la amenaza de su poderosa flota. Los Estados Unidos sacaron provecho propagandístico del asunto, emitiendo una "valerosa" proclamación unilateral cuando ya el peligro de una intervención europea en Latinoamérica había pasado.

La Doctrina Monroe desde sus comienzos encubría intenciones hegemónicas. En el fondo constituye la antítesis de la Doctrina Bolívar plasmada en las resoluciones del Congreso de Panamá en 1826. El héroe caraqueño esbozó la grandiosa y revolucionaria visión de una América Latina republicana y soberana, unida en una sola confederación

para la defensa y el desarrollo conjuntos de sus países integrantes en un plano de completa igualdad. En cambio Adams, por boca de Monroe, plantea el presunto derecho de un país de erigirse unilateral e inconsultante en protector y defensor de los demás del hemisferio. Bolívar parte del principio de la igualdad y la solidaridad entre estados, mientras Adams presupone la superioridad de una nación americana sobre las otras.



Por lo demás, Adams manifestó claramente sus verdaderas intenciones expansionistas cuando, en 1825 y siendo ya presidente de los Estados Unidos, llegó hasta la amenaza del uso de la fuerza para evitar la liberación de Cuba y Puerto Rico por la alianza Gran Colombia-México. El expansionismo sureño en los Estados Unidos quiso que las Antillas españolas quedaran en manos del débil gobierno de Madrid hasta tanto cayeran en manos de Norteamérica "como frutas maduras".

LOS COMIENZOS DEL „DESTINO MANIFIESTO.. (1828-1889).

Durante los años de gobierno del presidente Andrew Jackson (1828-1836), los Estados Unidos atravesaron una etapa de consolidación nacional y de desarrollo económico importante. Al mismo tiempo, los pioneros avanzaron hacia el oeste y alcanzaron las tierras prometidas de la costa del Pacífico: Oregón, por el momento condominio anglo-norteamericano, y California, provincia mexicana.

Otra región mexicana objeto de penetración por los anglo-americanos fue la de Texas. En 1821, el viejo Moses Austin había suscrito un convenio con el gobierno de México para la creación de una pequeña colonia en el vasto y deshabitado territorio tejano. La colonización se llevó a cabo bajo la dirección del hijo de Austin. Para 1830, había más de 30.000 colonos anglo-americanos en Texas y su número aumentaba rápidamente. En 1835-36, los anglo-texanos se alzaron contra las autoridades mexicanas y establecieron su propia república independiente, presidida por Samuel Houston. Pidieron ser anexados a los Estados Unidos, pero el gobierno del presidente Van Buren vaciló: la oligarquía sureña favorecía la anexión y la expansión hacia el suroeste, pero los liberales del norte —representantes de una clase media urbana, democrática y anti-expansionista— se opusieron. Fue bajo el gobierno de Polk en 1846 que los expansionistas del sur finalmente lograron imponer sus puntos de vista por la declaración de guerra contra México.

La campaña militar de los años 1846-47 estuvo acompañada de una tremenda propaganda expansionista en los Estados Unidos. Surgió la doctrina del Destino Manifiesto (la Naturaleza o la Providencia destinaba la nación norteamericana a extenderse y a dominar al hemisferio occidental para beneficio de todos sus pueblos). Los expansionis-

tas más extremos, no satisfechos con conquistar Texas, California y Nuevo México, pidieron que México entero fuese incorporado forzosamente a los Estados Unidos. Pero el tratado de Guadalupe Hidalgo (1848) se limitó a anexar a la potencia norteamericana la mitad septentrional de México.

Durante la década de los años cincuenta del siglo pasado, la acción expansionista norteamericana se manifestó principalmente en América Central. El aventurero William Walker, jefe de una tropa mercenaria conocida como "Los Filibusteros", y financiado por intereses económicos del sur de los Estados Unidos, desembarcó en Nicaragua y asumió el gobierno de ese país. Trató luego de apoderarse de toda la extensión de Centroamérica y sólo fue derrotado por los patriotas de esa región después de varios años de guerra. Los británicos, celosos de su propia posición imperial en Centroamérica y el Caribe, capturaron a Walker en 1860 y lo entregaron a sus enemigos para ser fusilado.

Al mismo tiempo, influencias sureñas norteamericanas apoyaron al venezolanocubano Narciso López en su empeño de liberar la isla de Cuba del colonialismo español para luego vincularla a los Estados Unidos en alguna especie de asociación semicolonial. Ya con anterioridad, el gobierno de Washington había hecho al de Madrid repetidas ofertas para la compra de la codiciable antilla azucarera.

Desde la década de los años cuarenta, Norteamérica al igual que Inglaterra mostraron interés por la idea de construir un canal interoceánico, en el istmo de Panamá o a través de Nicaragua. El tratado Clayton-Bulwer de 1850 dispuso que las dos potencias sólo actuarían de común acuerdo para ejecutar tan magna obra.

Los cuatro años de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865) representaron una pausa en la participación norteamericana en los asuntos de América Latina. Impedidos por su lucha interna, los

Estados Unidos no pudieron durante ese lapso hacer sentir su presencia al sur de sus fronteras. La Doctrina Monroe quedó inoperante, y dos potencias europeas —España y Francia— aprovecharon el momento histórico para realizar intervenciones en la América Latina. España guerreó contra el Perú y Chile, y volvió —invitada por el bando conservador del general Santana— a ocupar a Santo Domingo. Francia, por su parte, intervino militarmente en México, contra el gobierno liberal reformista de Benito Juárez, y ocupó ese país. Alentado por la oligarquía conservadora mexicana, Napoleón III patrocinó la tragicómica monarquía del Emperador Maximiliano. A partir de 1865, los Estados Unidos exigieron la salida de las tropas francesas de México, y al mismo tiempo la crisis de Schleswing-Holstein y el incipiente conflicto austro-prusiano impulsaron al monarca francés a poner fin a la intervención. Dejado en la estacada, Maximiliano fue fusilado en Querétaro, en 1867 junto con los generales de la oligarquía, Miramón y Mejías.

Ya se perfilaba claramente, tanto en las intervenciones europeas como norteamericanas en América Latina, un hecho muy característico y vergonzoso: Cada una de las intervenciones extranjeras en un país latinoamericano fue solicitada y apoyada por algún sector antinacional de la oligarquía nativa.

EL AUGE DEL IMPERIALISMO (1889-1932).

A partir de 1880 se formaron en los Estados Unidos los grandes monopolios financieros e industriales. Se inició la exportación de capitales y los "trusts" hicieron suya la idea del "destino manifiesto". Una nueva estructura económica —la del capitalismo financiero y monopolista— asumió la tradicional política hegemónica que había nacido bajo el impulso del expansionismo

terratendiente, y acentuó sus aspectos imperialistas.

Desde el año 1881, el secretario de estado James Blaine abrigaba la intención de convocar a los estados americanos a una conferencia hemisférica que se celebraría en Washington. El jefe de la diplomacia estadounidense estaba motivado por dos deseos: en primer término, el de lograr la aceptación del arbitraje obligatorio para poner fin a los conflictos entre países de América (en aquellos años, Washington trataba en vano de mediar entre Chile, Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico); y en segundo lugar, el afán de promover el ambicioso proyecto de una unión aduanera panamericana. Así como el arbitraje obligatorio equivaldría de hecho al encubrimiento de los Estados Unidos como árbitro permanente entre los países americanos, la unión aduanera hemisférica significaría nada menos que la conquista o captura de todo el inmenso mercado latinoamericano por la industria y la banca de América del Norte.

Por diversas razones de política interna estadounidense, la conferencia interamericana no se reunió sino a fines de 1889, siendo el mismo Blaine nuevamente secretario de estado. Las deliberaciones duraron hasta comienzos del año 1890. Quedó establecido así el "panamericanismo", colocado teóricamente bajo el patrocinio espiritual de Bolívar y del Congreso Anfictiónico de 1826, pero de hecho inspirado por la Doctrina de Monroe y la del "destino manifiesto". Los países latinoamericanos rechazaron tanto el arbitraje obligatorio como la unión aduanera, pero de hecho comenzaron a reconocer a los Estados Unidos como su líder natural.

La guerra hispano-estadounidense de 1898 constituyó el próximo paso hacia la dominación de los Estados Unidos sobre América Latina. Ya un año antes en 1897, Norteamérica había logrado que Inglaterra reconociera la primacía de sus intereses por lo menos en el área del Caribe y la parte sep-

tentrional de Suramérica, al aceptar el principio del arbitraje en el conflicto anglo-venezolano sobre las fronteras de Guayana Británica. Esta actitud conciliadora inglesa alentó a los norteamericanos a aumentar sus presiones para apoderarse de las posesiones españolas en el Caribe. Desde hace varios años, la heroica lucha de los cubanos contra la dominación española, y las severas medidas represivas tomadas sobre todo por el gobernador militar español Valeriano Weyler, habían constituido los elementos con los cuales la prensa sensacionalista de William Randolph Hearst inflamó el ánimo del pueblo norteamericano en favor de la intervención. El misterioso hundimiento del acorazado "Maine" en la rada de La Habana constituyó el incidente final que provocó la guerra. Los Estados Unidos se apoderaron de Cuba, y Puerto Rico, así como de las Islas Filipinas y Guam en el Pacífico. Puerto Rico, como Filipinas y Guam, se convirtió en posesión colonial norteamericana mientras que Cuba recibió una especie de "status" de protectorado: formalmente independiente, pero mediatizada por la enmienda Platt que permitía la intervención de los Estados Unidos cada vez que esa potencia lo juzgase conveniente.

camente, aplicó la Doctrina de Monroe ante la intervención alemana, inglesa e italiana en Venezuela y se convirtió en protector y supervisor de la patria de Bolívar. Hizo desembarcar a los infantes de marina en Cuba, en aplicación de la enmienda Platt, y proclamó el corolario Roosevelt a la doctrina Monroe: Cualquier "delincuencia" por parte de un país latinoamericano impulsaría a los Estados Unidos a la intervención preventiva y al "ejercicio del poder de la policía".

Bajo los gobiernos de Taft (1908-12), de Wilson (1912-20), de Harding (1920-24), de Coolidge (1924-28) y de Hoover (1928-32) aumentó vertiginosamente la inversión de capitales norteamericanos en América Latina. La "diplomacia del dólar" y las intervenciones armadas al servicio de intereses capitalistas yanquis se fortalecieron y se multiplicaron. A partir de 1913, el monto global de las inversiones estadounidenses excedió el de las británicas en Latinoamérica tomada en su conjunto. Taft envió a los infantes de marina a desembarcar en Honduras, Nicaragua, Cuba, Haití y Santo Domingo. Wilson (teóricamente enemigo del imperialismo y apóstol de la libre determinación de los pueblos)



A partir del año 1901 se inició la época de la "política del garrote" de Teodoro Roosevelt, gran figura del imperialismo norteamericano. Roosevelt usó la fuerza para separar a Panamá de Colombia y conseguir así, en 1903, la Zona del Canal. Enérgi-

intervino dos veces en México, una vez en Nicaragua y ocupó militarmente a Haití y la República Dominicana. Haití permaneció bajo ocupación yanqui durante 18 años (1915-1933) y Santo Domingo durante ocho años (1916-1924). En Nicaragua, los infantes

de marina entraron y salieron repetidas ocasiones. Administradores norteamericanos regían las aduanas y supervisaban el régimen fiscal de las repúblicas antillanas y centroamericanas. Compañías como la United Fruit dominaban en forma absoluta la economía y la política de los países de América Central, a la vez que ejercían fuerte influencia en Colombia y Ecuador. Desde 1908 el dictador Juan Vicente Gómez gobernaba a Venezuela como aliado y virtual apoderado de intereses norteamericanos, y a partir de 1921 ese país inició su asombrosa etapa de deformación petrolera y de dependencia ante los consorcios del aceite negro.

En las conferencias panamericanas que se celebraban periódicamente, los delegados norteamericanos regularmente rechazaban el principio, propuesto por los latinoamericanos, de la no intervención. Según la doctrina jurídica norteamericana antes de 1933, la no intervención está en conflicto con el derecho de un estado soberano, de proteger las vidas y las propiedades de sus nacionales en otro país.

El imperialismo tuvo el efecto de despertar fuertes respuestas patrióticas y liberacionistas por parte de los pueblos de Latinoamérica. La Revolución Mexicana, a la vez nacionalista y social, representó a partir de 1911 el más contundente reto a la dominación de los Estados Unidos sobre el hemisferio. Inspirados en parte por el ejemplo mexicano, héroes patrióticos como Augusto César Sandino en Nicaragua lucharon y murieron para rescatar la independencia perdida o mediatizada. A partir del año 1919, grupos marxistas influidos por el ejemplo soviético hicieron su aparición en América del Sur. En 1924, por la creación del APRA, Haya de la Torre dio origen al movimiento socialdemócrata latinoamericano. Irigoyen en Argentina y los colorados batlistas en Uruguay lucharon por una mayor independencia frente al capital extranjero. En Chile el crecimiento

de las corrientes socialistas preparó el camino para importantes enfrentamientos al imperialismo.

EPOCA DEL BUEN VECINO (1933-1945)



Presidente Franklin D. Roosevelt

La gran recesión mundial de 1929-1934 debilitó seriamente el poderío del capitalismo norteamericano y provocó el ascenso en los Estados Unidos de la tendencia política reformista de Franklin D. Roosevelt. Internamente, el estado comenzó a regular el proceso económico en buena parte, a la vez que surgió por la primera vez en forma significativa el poder sindical de la clase trabajadora. Hacia afuera, Roosevelt anunció el fin del imperialismo y una "política del buen vecino" hacia los países latinoamericanos. Acep-

tó desde 1933 el principio de la no intervención, y al mismo tiempo retiró las tropas yanquis de Haití y anuló la enmienda Platt. Permitió el derrocamiento de la tiranía de Machado en Cuba, y normalizó las relaciones con México, luego de haber admitido la nacionalización del petróleo por el gobierno de Lázaro Cárdenas y negociado pacíficamente las indemnizaciones.

Sin embargo, dio su apoyo tácito a tiranos de extrema derecha, amigos de los consorcios yanquis, tales como Trujillo en Santo Domingo y Somoza en Nicaragua.

La diplomacia rooseveltina logró unificar a los gobiernos americanos, con excepción del argentino, en torno a una estrategia de lucha en común contra el Eje nazi-fascista y el Japón. Tanto la influencia de las corrientes democráticas y antifascistas mundiales como el auge económico característico de los años de guerra sirvieron para fortalecer los factores de cambio social y nacionalista en América Latina: conciencia y capacidad de lucha de trabajadores, capas medias, intelectuales y empresarios medios.

GUERRA FRIA Y SITUACION ACTUAL (1946-1976)

Las relaciones Estados Unidos-Latinoamérica durante los últimos treinta años pueden dividirse en tres etapas.

La primera etapa, de 1946 hasta 1958, es la del auge de la guerra fría y el triunfo momentáneo de las derechas en toda América salvo pequeñas excepciones.

La creciente confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y la consecuente división del mundo en dos bloques se reflejó en el ámbito americano a través de presiones cada vez mayores por parte de Norteamérica para que las fuerzas de izquierda (calificadas siempre de "comunistas") fuesen reprimidas y surgiesen regímenes firmes y duros, identificados con la causa del "Occidente" y con un proceso de desarrollo

capitalista. Gobiernos populistas que habían surgido a consecuencia del auge democrático y antifascista de la segunda guerra mundial, fueron derrocados a partir de 1948. En Venezuela, la dictadura militar del 48 siguió al gobierno reformista de AD. En Colombia, la muerte de Gaitán y el bogotazo fueron pasos hacia la represión y la dictadura derechista. En el Perú se impuso la dictadura de Odría. En Guatemala, el régimen populista de Jacobo Arbenz fue derrocado por la intervención "anticomunista" norteamericana de 1954, avalada y legitimada por la resolución correspondiente a la X Conferencia Interamericana. En Cuba, Batista gobernó en forma despótica y conservadora desde 1952. El populismo peronista fue derribado del poder en 1955 en Argentina. Únicamente en Bolivia se produjo durante aquellos años un proceso revolucionario. Sin embargo, la revolución antifeudal y anti-imperialista de 1952 quedó aislada, y muy pronto la penuria económica obligó al régimen del MNR a pactar con los Estados Unidos y someterse a condiciones impuestas desde el norte. En el plano económico, al mismo tiempo, se extendió por Latinoamérica el poder de los consorcios transnacionales modernizados, cuya participación ya no se limitaba a la extracción de materias primas y al manejo del comercio exterior y grandes servicios, sino que comenzó a abarcar el propio proceso de industrialización y de sustitución de importaciones de los países latinoamericanos.

La segunda etapa comienza en 1958 y dura hasta 1967. Es la de la rebelión parcial de Latinoamérica y la polarización Washington-La Habana.

Las condiciones de desigualdad y de explotación prevalecientes en las relaciones económicas entre Norteamérica y la América Latina —deterioro de los términos de intercambio etc.— para 1957-1958 causaron un descontento generalizado hasta en círculos burgueses de los países situados al sur del Río Bravo. Al mismo tiempo, el apoyo norte-

americano abierto y entusiasta a los dictadores más opresivos y corruptos constituyó otro motivo de ira y de descontento. La caída de Odría en el Perú y de Rojas Pinilla en Colombia fue seguida por la de Pérez Jiménez en enero del 58 y Batista en enero del 59. Durante el año 1958, el traumatizante viaje del vicepresidente Nixon por América Latina con los violentos incidentes ocurridos en Caracas despertó en los Estados Unidos conciencia de que había que hacer concesiones, sin demora, a las exigencias y sensibilidades latinoamericanas. En el ámbito iberoamericano, una alianza antidictatorial y democrática integrada por Cuba y Venezuela exigía el derrocamiento de las dictaduras de derecha, y reformas importantes en el trato económico norte-sur.

La incapacidad norteamericana de tolerar el radicalismo de la revolución cubana en su primera etapa no marxista, impulsó a Castro y sus colegas, inexorablemente, hacia el conflicto absoluto con los Estados Unidos y la alianza con Unión Soviética así como la adopción del sistema socialista de tipo leninista. El gobierno del presidente Kennedy se esforzó, a partir de 1961, de combinar el aislamiento de Cuba y la represión anticomunista con una política de apoyo al reformismo político latinoamericano y la aplicación del programa de la Alianza para el Progreso. Pese a la indudable buena voluntad personal del presidente Kennedy, los factores económicos y estratégicos derechistas en los Estados Unidos hicieron que la Alianza para el Progreso quedase virtualmente estancada y que las estructuras socio-económicas de América Latina no sufriesen ningún cambio. Entre la mano derecha y la izquierda de la política norteamericana —entre la represión y la reforma— la primera llegó a prevalecer netamente sobre la segunda. Cuba por su lado luchó por la vía ultra-revolucionaria del apoyo generalizado a la insurrección armada y el empeño de “convertir los Andes en Sierra Maestra”.



En 1968 se inicia la tercera etapa de este último período de treinta años de relaciones interamericanas. Se trata de una etapa de despolarización y de surgimiento de fuerzas nuevas en Latinoamérica.

Cuba reconoce, a partir de 1968, que la vía latinoamericana hacia la liberación y un porvenir socialista no puede ser una sola. Cada país deberá buscar su propio camino y el proceso será largo y lento. Sin duda la Unión Soviética, interesada en la coexistencia pacífica y la distensión, contribuyó a convencer a su aliado antillano de la necesidad de mirar la América Latina, no en forma maniquea o en blanco y negro, sino de manera matizada y realmente dialéctica.

La disminución de la lucha guerrillera en América Latina tuvo el inmediato efecto de que se rompiera la unidad centroderechista en contra del cambio revolucionario. En el Perú, militares que se habían formado en el combate contra la extrema izquierda, implantaron un régimen nacionalista de izquierda que se enfrentó al imperialismo en forma

muy importante y significativa y realizó substanciales cambios sociales. En Panamá, el general Torrijos acentuó la lucha por la recuperación del Canal. En Bolivia, el general J. J. Torres dio grandes pasos hacia la izquierda en 1970-1971. En Chile, el triunfo electoral de Allende suscitó grandes esperanzas en la izquierda de todo el continente, y los logros del gobierno de la Unidad Popular hasta 1973 fueron importantes y, en muchos aspectos, ejemplares.

Pero al partir de ese mismo año de 1973, el período se desenvuelve hacia la derecha. Bordaberry implanta su dictadura en Uruguay y un Perón envejecido y rechazado sustituye a su colega Héctor Cámpora, inclinado hacia el lado revolucionario. En septiembre cae Allende y entra la inmortalidad como mártir de la liberación latinoamericana, pero Chile comienza a sufrir la más atroz de las represiones. De manera general, la tendencia va hacia la multiplicación de las dictaduras fascistoides, jugando el Brasil un papel fundamental como auxiliar y aliado principal de los Estados Unidos en la tarea de combatir a la revolución y de establecer y respaldar regímenes conservadores.

El papel del Brasil durante la mayor parte de su historia fue el de aliado de las influencias hegemónicas provenientes de afuera del ámbito americano. Durante el siglo XIX, la monarquía brasileña fue la mejor amiga de los intereses ingleses y franceses en nuestro continente, y en el siglo XX, desde Río Branco hasta hoy, la diplomacia del Itamaraty generalmente se encamina a conseguir la sub-hegemonía sobre la América del Sur, en asociación con las tendencias hegemónicas hemisféricas de los Estados Unidos. El segundo mandato de Vargas y el de Quadros-Goulart constituyeron excepciones a esa línea, pero los generales en el poder desde 1964 la volvieron a implantar en todo su vigor, colaborando con el gobierno de Washington en la lucha contra las revoluciones del sur.

EL IMPACTO NORTEAMERICANO GLOBAL: DEMOCRACIA E IMPERIALISMO

En las páginas precedentes, hemos enfatizado los aspectos conflictivos de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Hemos señalado sobre todo las etapas de desarrollo del imperialismo y su acción negativa para las aspiraciones populares y patrióticas latinoamericanas.

Sin embargo, existe otro lado de la medalla. La nación norteamericana no sólo es imperialismo y consorcios transnacionales. También es pueblo, es democracia, es lucha persistente por la libertad y la igualdad, es búsqueda de fórmulas enaltecedoras del hombre. Quien sólo viera la Norteamérica de Wall Street, de la CIA y del Pentágono, e ignorara la del pueblo bueno y noble, pecaría de un chauvinismo ciego.

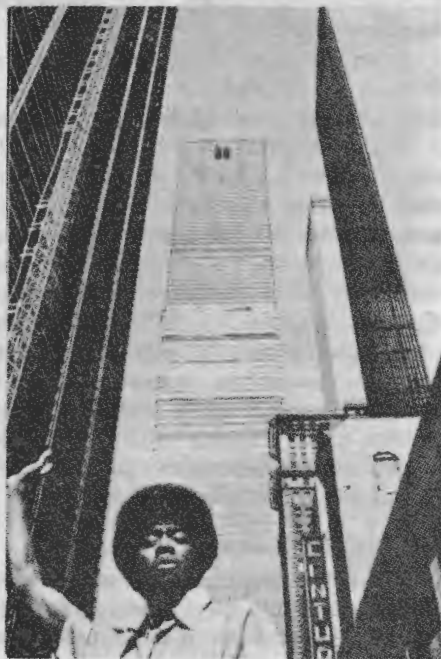
El mensaje teórico de la democracia norteamericana y las expresiones de su héroes y sus bardos han sido elementos de inspiración para los latinoamericanos de los últimos dos siglos en sus luchas por la liberación y el desarrollo. El ejemplo de Washington y Adams, de Jefferson y Hamilton, de Patrick Henry y Tom Paine inspiró a un Bolívar, un San Martín, un Morales y un O' Higgins. El paralelismo y la mutua simpatía entre Lincoln y Benito Juárez son notables. Las instituciones democráticas yanquis sirvieron de modelo parcial a todos los mejores intentos de implantar la libertad, la igualdad y la fraternidad en América Latina.

Neruda declaró que ningún poeta hispánico ejerció sobre él una influencia comparable a la del norteamericano Walt Whitman. Desde Mark Twain hasta Erskine Caldwell, Sinclair Lewis, William Faulkner, Upton Sinclair, Howard Fast, Carson McCullers, Truman Capote, Norman Mailer y otros contemporáneos, la novelística estadounidense ha esti-

mulado a la prosa rebelde y liberadora de la América Latina. Tanto Martin Luther King como Malcolm X dieron su ejemplo dinámico y efecivo a los combatientes latinoamericanos por la liberación de los más oprimidos y más humillados. Los estudiantes de Berkeley sirvieron de modelo a los de Latinoamérica en la lucha por la renovación universitaria. La izquierda del norte influyó sobre la izquierda del sur. Una revista como "Ramparts"

contribuyó a llevar la revolución al seno de las comunidades cristianas de todo el hemisferio.

Democracia todavía viviente, capaz de renovación y de protestas y combates cada vez nuevos —pervertida, deformada, dominada por la acción imperialista y oligárquica del "establishment" capitalista, militar y policial— esa es la doble faz de los Estados Unidos en sus relaciones con la América Latina.



LA ALIANZA PARA EL PROGRESO (1961 - 1965)

LA ALIANZA CONTRA CUBA

En la reciente reunión de la OEA en Chile algunos vislumbraron la esperanza de la vuelta a lo que consideran los "buenos tiempos de la Alianza para el Progreso". Ello me obliga a examinar la bondad de nuestras relaciones con Estados Unidos en aquellos años.

Estamos en 1961. Los hechos se suceden vertiginosamente. El 3 de enero de 1961 el Presidente Eisenhower envía la nota de ruptura de relaciones a Cuba. El 20 de enero el Presidente John F. Kennedy asume la Presidencia. El 30 de enero hace su primer anuncio de mejorar las relaciones con América Latina y ofrece la Alianza para el Progreso con el fin de enfrentar el peligro cubano. El 12 de marzo Kennedy se

dirige al Congreso para precisar su programa y solicitar dólares para ayudar a América Latina. El 17 de abril se produce la invasión de Bahía de Cochinos apoyada por Estados Unidos para derrocar a Castro. El 16 de agosto se firma la Carta de Punta del Este aprobando la Alianza para el Progreso.

“Dos acontecimientos de importancia han afectado en el intervalo de mis dos visitas las relaciones entre Estados Unidos y América Latina:

1. La traición del Gobierno de Castro a los objetivos de la revolución cubana contra la tiranía de Batista, con la consiguiente imposición del control dictatorial en Cuba, en estrecha relación con el bloque chino-soviético.

2. La elección a la Presidencia de Estados Unidos de John F. Kennedy y la demostración de su sincera preocupación y su simpatía comprensiva por Latino-América y sus problemas, ejemplarizado mediante su proposición de una “Alianza para el Progreso” con objeto de acelerar el avance social y económico” (3).

Así empezaba el Informe al Secretario de Estado redactado por el embajador Adlai E. Stevenson enviado especial del Presidente Kennedy a diez países latinoamericanos para concretar los planes de la Alianza. El viaje se efectuó en junio y el informe se hizo público en julio de 1961.

La década del sesenta empezó con una apuesta. Estados Unidos y sus aliados gobiernos democráticos reformistas de América Latina respondieron al reto de la Cuba revolucionaria con un programa de desarrollo social y económico y con una masiva acción ideológica y militar para ahuyentar el “peligro comunista”. Objetivo: eliminación de la alternativa castrista en el Continente y en la propia Cuba. Se combatía con todas las armas posibles incluidos los intentos de asesinato organizados por la CIA. Las acciones desestabilizadoras y hasta la invasión de Bahía de Cochinos.

Por el otro lado el régimen de Fidel Castro no sólo aspiraba a sobrevivir, sino a

prender un gigantesco incendio revolucionario en la América Latina, considerada madura por la opresión. Usaba a su vez todos los medios y métodos a su alcance para fortificarse en la isla y penetrar en los otros pueblos. Es interesante leer los hechos quince años después. Hoy Stevenson empezaría su informe seguramente de otra manera. La Alianza se extinguió con más pena que gloria. Cuba está ahí con su mensaje de variado significado para el que lo quiera entender. América Latina en lugar de democracias reformistas florecientes conoce uno de los períodos más cruentos de su historia protagonizado por dictaduras de derecha patrocinadas por Estados Unidos.

Entonces se vivía la euforia del amanecer democrático: “La democracia domina ahora en Suramérica; —decía el Informe de Stevenson— de los diez países que he visitado, nueve viven bajo gobiernos elegidos democráticamente. Sin embargo, aunque parezca una paradoja, rara vez la democracia y la estabilidad gubernamental han estado sujetas en Suramérica a pruebas y ataques tan rudos como en los momentos actuales. Las fuerzas comunistas envalentonadas por el ejemplo de Castro en Cuba, han aumentado su agresividad. Grupos de derecha celosos de sus antiguos privilegios, constituyen en muchas áreas una amenaza para los regímenes representativos liberales. Una extraña comunidad de intereses une a los dos extremos de izquierda y derecha en un mismo objetivo: el derrocamiento de una democracia activa que podría frustrar los fines revolucionarios de unos y abolir el poder de los otros con sus permanentes injusticias sociales” (4).

La ironía del destino nos lleva a leer hoy esta preocupación de Estados Unidos contra las dictaduras; hoy cuando asistimos al sangriento espectáculo de la persecución

humana desatada por los dictadores asesorados por los cuerpos de seguridad norteamericana. A pesar de ciertas apariencias, para Stevenson y para Estados Unidos lo importante era la dócil permanencia de América Latina en su bando en la guerra fría. Como un medio —y sólo como un medio— se apreciaba el apoyo de las reformas democráticas. Se partía del diagnóstico de que las dictaduras incubaban el peligro comunista; como Batista en Cuba. El acento se ponía en salvar el sistema haciendo las concesiones que fueran necesarias. Las pequeñas reformas sirvieron apenas para abrir el apetito del pueblo con siglos de hambre reprimida. Los partidos que las iniciaban y el gobierno norteamericano no estaban dispuestos a acompañar el proceso despertado. Cuando en Brasil, en Bolivia, en Chile. . . se vieron los síntomas de que el pueblo tomaba en serio la construcción de un mundo distinto donde ellos fueran el centro del poder político y de la economía, no quedaba otra alternativa que la represión. Paradójicamente el ensayo terminó en una horrible mueca donde surgían los dictadores con apoyo de Estados Unidos dispuesto una vez más a salvar la "libertad del Continente".

" . . . Si la democracia, si un sistema de gobierno. . . quiere perdurar, debe demostrar con rapidez y de un modo convincente su capacidad para convertir en realidad las esperanzas de los hombres —decía acertadamente Stevenson—. Dicho de otro modo, la democracia debe demostrar por doquiera que su preocupación es el bienestar moral y físico de todos los gobernados, dentro de una completa justicia social y que los esfuerzos de esa democracia están centrados en el logro de ese bienestar" (5).

Justamente eso era lo que no podían hacer en serio; no por demócratas sino por capitalistas, es decir definidos a favor de un sistema que tiene como supremo principio la ordenación de todos los medios —incluido el hombre— a la maximización de la ga-

nancia del capital. Naturalmente que esta imposibilidad —demostraba por lo ocurrido en estos quince años— podía y debía ser ayudada por la acción ideológica para que apareciera viable aun sin serlo. Ello se preveía en el Informe Stevenson: "Tal vez la tarea más urgente que se tiene por delante es la de estimular la confianza del pueblo, obtener la cooperación de todas las clases de cada país. Los menos favorecidos por la fortuna están cansados de promesas; quieren acción, resultados, no para sus nietos sino para ellos mismos. Se les debe demostrar que su interés estriba en poner en actividad la Alianza para el Progreso; de que de aquí en adelante trabajarán en su propio provecho y no para bien de los otros; de que no se les pedirá que soporten el peso del elefante y que acepten la parte del ratón en los beneficios. Tengo confianza en que los hombres con quienes he conversado sobre estos problemas serán capaces de inspirar la confianza necesaria y reunir al pueblo en torno suyo.



"Estoy convencido de que el comunismo en sí no ejerce una atracción natural sobre la masa de latinoamericanos, ni siquiera

sobre muchos intelectuales, que aparentemente se inclinan a su favor. Sin embargo, es un imán que atrae y continuará haciéndolo a las gentes desafortunadas mientras los exponentes de otras filosofías políticas sean sólo capaces de hablar y no de actuar para enderezar injusticias”.

“El alineamiento de Cuba al lado del comunismo ha aumentado la amenaza del comunismo en América Latina. El comunismo, bajo el nombre de fidelismo, puede disfrazarse ahora de un movimiento revolucionario indígena”. (6).

Más adelante manifiesta: “Mis conversaciones con los dirigentes suramericanos se caracterizaron por una discusión sobre estos hechos. Creo que pronto se verán los efectos de nuestros cambios de opiniones” (7).

Después de pasar lista a la actitud de los militares con respecto a las instituciones democráticas, a la efervescencia de los círculos intelectuales y estudiantiles viene a los obreros: “entre la clase trabajadora, primer objetivo de los comunistas, se están realizando esfuerzos incesantes para exponer la verdadera naturaleza del comunismo, para revelar la suerte que les aguarda dondequiera que domina el comunismo” (8).

Como remedio de todos estos males y peligros se exhorta al Congreso de Estados Unidos a que autorice al Ejecutivo para impulsar compromisos estables: “La Alianza para el Progreso mostrará al mundo cómo cuando naciones soberanas juntan sus recursos, se pueden rechazar las fuerzas destructoras, rápida y eficazmente, sin vacilar en su avance hacia nuevos horizontes”. (9).

Un mes más tarde, el 16 de agosto de 1961, la Conferencia de Punta del Este aprobó la carta de la Alianza para el Progreso que dice en su dintel de entrada: “Las Repúblicas Americanas proclamamos la decisión de asociarnos en un esfuerzo común para alcanzar un progreso económico acelerado y una más amplia justicia social para nuestros pueblos, respetando la dignidad del hombre y la libertad” (10).

EL ENGAÑO DE LA ALIANZA.

Esa era la respuesta a la invitación que hiciera el Presidente Kennedy el 30 de enero (reforzada después el 12 de marzo) diez días después de haber asumido la presidencia y a los 27 días de la ruptura de relaciones con el régimen de Castro: “En América Latina —decía Kennedy en el primer mensaje al Congreso en la fecha señalada— los agentes comunistas que tratan de explotar la revolución pacífica de la esperanza de esa región han establecido una base en Cuba, a sólo noventa millas de nuestras costas.

(.....)

“Nos comprometemos a trabajar con nuestras Repúblicas hermanas para liberar las Américas de toda dominación extranjera, de todas las tiranías, laborando hacia el objetivo de un hemisferio libre con gobiernos libres que se extiendan desde el Cabo de Hornos al Círculo Ártico” (11).

La verdad, que el lector de hoy difícilmente puede leer este párrafo con serenidad a la vista del Continente donde los cuarteles se han convertido en ministerios y los ministerios en salas de interrogatorios y torturas. Todo ello con la bendición, recomendación y asesoramiento técnico de los Estados Unidos.

Párrafos más adelante agrega: “Con referencia a nuestras hermanas repúblicas del Sur, hemos pedido una nueva Alianza para el Progreso. Nuestro ideal es una América Latina libre y próspera” (12).

Desde el primer momento Fidel Castro puso el dedo en la llaga de este proyecto y señaló su significado oportunista: “Hasta hace dos años el imperio yanqui no se había dado cuenta; pero ahora que Cuba ha recordado su existencia, los norteamericanos están muy preocupados, pero no por el bienestar de América, sino por el temor de perderla” (13).

La Alianza se proponía una modernización y extensión de los beneficios capitalistas a sectores más amplios de la población. Las reformas agrarias capitalistas y los programas de sanidad, educación y vivienda eran las propuestas para "alcanzar un grado máximo de bienestar con iguales oportunidades para todos" (14).

A los gobiernos dispuestos a iniciar este proceso se les ofrecía "suficiente ayuda financiera del exterior" en condiciones flexibles y se mencionaba en Punta del Este una ayuda de capital exterior "durante los próximos diez años, de por lo menos 20.000 millones de dólares" (15).

El mismo día en que se firmaba la carta de Punta del Este (16 de agosto) el Presidente Betancourt se dirigía al país por radio y televisión. El mensaje abordaba entre otros puntos la crisis de la construcción por la que atravesaba el país y anunciaba planes apoyados por la ayuda prometida dentro del marco de la Alianza: "Ha sido aprobado en Montevideo el programa de Alianza para el Progreso, que significa una inversión de 20 mil millones de dólares en los próximos diez años por parte de entidades gubernamentales estadounidenses y de Bancos internacionales de crédito. Venezuela está lista para participar en ese programa" (16).

Dos días después en alocución tenida en la clausura de la II Convención de la Cámara de la Construcción el Presidente anuncia optimista los planes de construcción que se van a emprender con apoyo en la Alianza. "Veinte mil millones de dólares serán invertidos por Estados Unidos en la América Latina. Una cuarta parte de esas inversiones corresponderá a Venezuela" (17). Es decir, el optimismo presidencial esperaba 5.000 millones de dólares para Venezuela.

Y la Alianza fue una realidad. No en la escala prometida, pero está presente en nuestra reforma agraria, en los programas de sanidad y vivienda rural, en los programas

del Banco Obrero, en el impulso inicial a la Banca Hipotecaria y al sistema de Ahorro y Préstamo, en el desarrollo de Fundacomún. El año 1965 se reunió en Washington el Subcomité para Venezuela de la Alianza para el Progreso. Nuestro país había salido ya de la fuerte crisis económica de 1961-1963. Se había remontado el peligro de la lucha armada izquierdista y se sentía seguro el sistema democrático después del cambio de gobierno. Los funcionarios de la Alianza en la persona del Sr. Carlos Sanz de Santamaría, presidente del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso (CIAP), consideraban "que Venezuela es el país de América Latina que menos necesita la colaboración que pueda prestarle el CIAP" (18). La muerte de la Alianza para Venezuela era ya un hecho. Pues bien la ayuda financiera que habían otorgado los diversos organismos dentro del marco de la Alianza en los años más activos de 1961-1964 llegó a \$ 386.500.000. Esta es la suma otorgada por la AID, BID, BIRF, CFI, EXIMBANK según informe confidencial de dicha reunión (19).

El total del financiamiento para Venezuela se distribuyó así: (20)

Actividad	Millones de dólares	(%)
Infraestructura	192,7	49,9
Agricultura	30,7	7,9
Industria	44,1	11,4
Sectores sociales	111,5	28,9
Otros	7,5	1,9
TOTAL	386,5	100,0

Si bien estas cantidades no llegaron ni a la décima parte de lo anunciado por el presidente Betancourt, la Alianza para el Progreso fracasó en América Latina (fracaso que nadie niega hoy a la vista de los hechos) y en Venezuela, menos por falta de recursos que por una fundamental falta de sinceridad con

respecto a los problemas que se querían resolver. Falta de sinceridad (de los programas; suponemos que hubo muchos hombres honestamente comprometidos en esta tarea) que comprende tanto a la política norteamericana como a los gobiernos aliados. Insinceridad consistente en que la voluntad de solución de los problemas llegaba hasta donde alcanzaba el peligro comunista y los beneficios del pueblo eran frenados allá donde comenzaba la iniciativa y la capacidad de organización propia de la base popular: Que se le dé lo necesario para amansarlo, pero sin estimular aquellas organizaciones, que signifiquen un crecimiento real, propio y autosostenido del pueblo. Y en esas condiciones ningún pueblo puede sentirse inspirado por sus gobernantes a encontrar el sentido colectivo de un gran esfuerzo liberador basado en el propio trabajo.



Pero la insinceridad del proyecto de la Alianza para el Progreso se acentuaba al evitar cuidadosamente tocar a fondo las causas económicas de los problemas sociales y sobre todo aquellas causas en las que a Estados Unidos le correspondía la decisiva responsabilidad: las relaciones de intercambio en el comercio exterior y la falta de una verdadera industrialización nacional. Desde este punto de vista la política de la Alianza para con Venezuela resulta sencillamente cínica a la luz de los hechos. Hoy todo el mundo sabe que los precios en el comercio internacional son más políticos que meramente económicos resultados de la libre competencia. Esta no existe y los precios dependen de las relaciones de poder. Esto es y ha sido especial-

mente verdad para las ventas del petróleo. Pues bien, a partir de 1958 hay una baja sostenida tanto en la producción como en el precio del petróleo. Ambos hechos dependen de los intereses de Estados Unidos. Ese año se redujeron los ingresos venezolanos provenientes del petróleo en 899,31 millones de bolívares. Evidentemente influía la coyuntura internacional con la normalización del surtido de petróleo árabe por la apertura del Canal de Suez. Pero la decisión era política. A la inversa Venezuela había ofrecido petróleo barato en plena guerra mundial. En 1959 ya bajo la presidencia de Rómulo Betancourt la Administración de Eisenhower imponía el "Programa Obligatorio de Importaciones" que restringía notablemente nuestras ventas de hidrocarburos. El tratado comercial con Estados Unidos firmado por Venezuela en 1952 fue violado unilateralmente mientras se concedía en USA trato preferencial a las importaciones provenientes de México y Canadá (21).

Como dice un estudio del Banco Central, los "citados cambios en los mercados han repercutido en los precios de realización de crudo venezolano. Su trayectoria revela que, de un precio promedio de producción de menos de US\$ 1,00 por barril obtenido antes de 1944, se eleva progresivamente hasta alcanzar la cifra máxima de US\$ 2,59 obtenida en 1957. A partir de 1958, los precios medios acusan una tendencia descendente que en 1969 los sitúa en US\$ 1,79 por barril. Dicha tendencia repercute en diverso grado sobre las múltiples magnitudes económicas del país, entre las cuales pueden destacarse los ingresos fiscales y de divisas" (22).

La reducción de los ingresos petroleros combinada con la fuga de divisas produjeron en Venezuela la crisis económica más fuerte desde 1920. La limitación de disponibilidades de divisas fue tal que las autoridades monetarias se vieron obligadas a realizar ventas de oro y algunas operaciones crediticias a corto plazo. (23)

Un hombre honesto y autorizado como el ex-presidente Caldera resume así el saqueo norteamericano que sufre el país en el capítulo petrolero, mientras el Gobierno pareciera seducido por las caricias de la Alianza para el Progreso: "Si tomamos solamente la diferencia entre el precio pagado por el petróleo venezolano y el precio pagado por el petróleo norteamericano en los Estados Unidos en los años 1960 a 1970, de acuerdo con una producción de quince millones de barriles en esa etapa, encontramos una diferencia en contra de Venezuela en relación al crudo, de once mil millones de dólares y en relación a los productos (24) de seis mil quinientos millones de dólares: lo que totaliza diecisiete mil quinientos millones de dólares que en veinte años habrían servido para cubrir nuestro programa de desarrollo" (25)

Ante estas cifras queda al descubierto la ridícula cifra de 400 millones de dólares de la Alianza (dólares prestados que tarde o temprano había que pagar) con la que se querían resolver nuestros problemas sociales.

Pero no es todo. Venezuela estaba urgida de una industrialización autosostenida independizadora. Venezuela no podía seguir importando productos agrícolas y manufacturados. El pueblo de Venezuela necesita empleo productivo en estas áreas. A su vez los capitalistas venezolanos requerían nuevas oportunidades de inversión fuera de la construcción. Al mismo tiempo las transnacionales norteamericanas estaban ávidas de vender tecnología (era la nueva modalidad de venta con tanto porvenir para fortalecer el dominio de los países industrializados, como podemos apreciar hoy). Pues bien la asociación del Estado venezolano y de los capitalistas venezolanos con las transnacionales (sobre todo norteamericanas) nos impusieron una "falsa" industrialización —como la califican ahora los propios funcionarios de gobierno— que de 1960-1969 produjo, in-

cluía la actividad petrolera, un saldo neto de exportación de capitales venezolanos de 9.366 millones de dólares.(26) A cambio nos quedó una industrialización que aumentó nuestra dependencia y nuestra necesidad de importación. Al mismo tiempo que sólo ofrecía un promedio de 8.000 nuevos puestos de trabajo directos anuales. Si el capital extraído de Venezuela por las transnacionales se hubiera invertido aquí en una industrialización vinculada a los recursos venezolanos se hubieran generado hasta 1.200.000 puestos de trabajo.

HACIA LAS BUENAS RELACIONES CON NOSOTROS MISMOS.

Por todo esto cuando escuchamos hablar de la vuelta de los "buenos años" de la Alianza en las relaciones de América Latina y Estados Unidos no podemos menos de lamentar la falta de memoria de nuestros políticos. Cuba está ahí con sus pros y sus contras para quien tenga el valor de formarse un juicio objetivo. La Alianza se esfumó sin desatar el crecimiento autosostenido de una alternativa medianamente satisfactoria. Y no fracasó porque los comunistas han tenido en el Continente el triunfo que temía Estados Unidos sino porque nunca pretendió en serio la justicia y el crecimiento real del pueblo. Los norteamericanos y sus aliados tuvieron éxito en lo que de veras se propusieron: frenar en el continente la alternativa revolucionaria, con dádivas o con bayonetas; cuando no bastaron aquellas, vinieron éstas. Ahí están.

En Venezuela la lucha armada fracasó seguramente porque venía más de ambientes estudiantiles, y de ghettos políticos con precaria vinculación al proceso popular real en el país a pesar de su intención revolucionaria. El proyecto reformista tal vez fracasó porque era defensivo y carente de aliento popular real. El Proyecto de la Alianza para el

Progreso nunca estuvo impregnado de la pasión de despertar al máximo las energías bloqueadas del pueblo. Ello explica que después de tanta acción populista y tantas alcantarillas, viviendas y cloacas instaladas no podamos mostrar ningún ejemplo de organizaciones populares vigorosas con iniciativa política y económica autónomas que hayan nacido propiciadas por los gobiernos de la década del sesenta. ¿Dónde está la producción floreciente de la Reforma Agraria? ¿Dónde siquiera una o dos cooperativas de producción agrarias o industriales que por lo menos pudieran servir de muestra? ¿Dónde las unidades vecinales autogestoras? ¿Dónde media docena de escuelas-granjas? Con la Alianza crecieron las obras, el asfalto y ladrillo, pero no las organizaciones populares. Simplemente porque no se intentó, porque deliberadamente se quiso evitar. Por ello no se debe asumir hoy este hecho con interpretaciones antropológicas fatalistas, sino viendo fríamente las causas. El fracaso en esta área era previsible. Se trataba de un proyecto que no quería desatar la fuerza creadora de todo el pueblo sino adormecer con dádivas su posible rebeldía ante las injusticias. Con razón el Che Guevara decía en Punta del Este a los representantes de los gobiernos americanos en el momento en que iban a aprobar la Alianza: "¿No tienen un poco la impresión de que se les está tomando el pelo? Se dan dólares para hacer carreteras, se dan dólares para hacer caminos, se dan dólares para hacer alcantarillas; señores ¿con qué se hacen las carreteras, con qué se hacen los caminos, con qué se hacen las alcantarillas, con qué se hacen las casas? No se necesita ser un genio para eso. ¿Por qué no se dan dólares para equipos, dólares para maquinarias, dólares para que nuestros países subdesarrollados, todos, puedan convertirse en países industrializados-agrícolas, de una vez?" (27).

Nuestros gobiernos debieron tener su propio proyecto (nacional, latinoamericano y mundial de liberación de pueblos oprimi-

dos) para romper las ataduras económicas y humanas que bloquean el esfuerzo de una existencia independiente y justa. Lejos de eso se sumaron a un proyecto ajeno cuya finalidad era mantener a nuestros países sumisos dentro de las fronteras del imperio. Se intentó llevar adelante este proyecto con democracias formales. Cuando éstas fracasaron en la manipulación del aliento popular, el imperio ha propiciado las dictaduras de corte fascista que hoy oprimen al continente. Un documento secreto de 1961 de la Embajada norteamericana de Caracas expresaba bien el dilema que veían los norteamericanos a corto y mediano plazo: "Los años que tenemos delante serán testigos casi seguramente de una carrera entre aquellas fuerzas que están intentando iniciar programas evolutivos de reforma y las que están tratando de generar apoyo de masas para la revolución fundamental económica y social. Si los moderados se quedan atrás en esta carrera pudieran con el tiempo, verse privados de su apoyo de masas y cogidos en una posición insostenible entre los extremos de la derecha y la izquierda" (28).



Fracasaron los "moderados". Estados Unidos optó sin titubear por las dictaduras de derecha. También fracasaron quienes se hicieron la ilusión de tomar el poder desde la universidad o la montaña simbólica.

Hoy los propios partidos que fueron gobierno en esos años ven claro que no puede haber ninguna Alianza para el Progreso dictada por el dominador. La unión de América Latina y el Tercer Mundo, la lucha en el frente de los términos de comercio internacional impuestos por la división internacional del trabajo, y la lucha por una industrialización más autónoma son elementos claramente diagnosticados por el gobierno actual. No opinamos que piensen lo mismo con respecto a la organización popular, sin la cual todo esto es imposible. No podemos tener una relación sincera con Estados Unidos sin una relación sincera con nosotros mismos. Después de la derrota de la década del sesenta (derrota del país en la búsqueda de su independencia) estamos como Bolívar en 1815 en Jamaica. Allí, desde la derrota, escribía: "Yo diré a Ud. lo que puede poner en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; más esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos" (29).

Era necesario sincerarse con el país: con los esclavos, con los llaneros deseosos de tierras. De ese cambio en la derrota, vino el triunfo. Bolívar no tenía nada sino un gran proyecto. Con el proyecto esperanzado en 1816 levantaron hombres hasta de las piedras; salieron patriotas hasta de los llaneros de Boves. Nosotros hoy tenemos todo menos el proyecto. Tenemos los dólares capaces de comprarlo todo; carecemos del proyecto capaz de despertar hombres. Pero sabemos ya cual no puede ser el camino de nuestra independencia. La experiencia de la década del sesenta no debe volver.

A quince años de la Alianza, para Venezuela, América Latina y el Tercer Mundo la experiencia vivida tiene que dejar claras algunas conclusiones: Sabemos que el proyecto nacional liberador no puede ser el que proponga el país dominador. Sabemos así mismo que la organización popular capaz de despertar y maximizar las energías dormidas de todo un país no vendrá de los grupos que dominan al amparo de la actual desorganización del pueblo. Igualmente está claro que el modelo de organización social de medios para lograr fines no puede ser capitalista pues este subordina todo a maximizar la ganancia particular de unos pocos. Es necesario un proyecto que tenga como supremo principio



ordenador del esfuerzo colectivo y de todos los recursos de capital la satisfacción de las necesidades humanas de la mayoría en una sociedad donde la economía y la política estén controladas por los verdaderos productores de la sociedad.

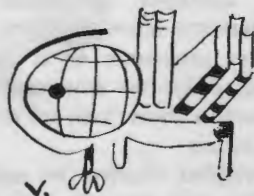
La defensa de unas relaciones económicas internacionales justas y la formación independiente de un aparato productivo propio y vigoroso serán viables como fruto de un pueblo organizado económica y políticamente. Hay recorrido un largo camino de experiencias clarificadoras. Esta es la razón de nuestra esperanza en una Venezuela independiente.

NOTAS

- (3) Stevenson A.E. Informe al Secretario de Estado. Julio de 1961. En Documentos, Revista de Información Política. Instituto de Estudios Políticos UCV, No. 6, pág. 311.
- (4) Op. Cit. pág. 312.
- (5) Ibidem
- (6) Op. cit. pág. 314.
- (7) Ibidem.
- (8) Op. Cit. pág. 315.
- (9) Op. cit. pág. 316.
- (10) Véase Documentos No. 6, pág. 363.
- (11) Kennedy John F. Mensaje sobre el Estado de la Unión. 30 de enero de 1961 En Documentos No. 4, pág. 222 y 223
- (12) Op. cit. pag. 226.
- (13) En Documentos 1961 No. 4, pág. 186.
- (14) En Documentos 1961 No. 6, pág. 364.
- (15) Op. cit. 367.
- (16) Betancourt, Rómulo. Tres años de gobierno democrático II págs. 125-126.
- (17) Beatancourt, Rómulo, Op. cit.
- (18) CIAP Informe final del Subcomité del CIAP para Venezuela. Mimeo confidencial. Washington agosto 1965, pág. 3.
- (19) AID- Agencia para el Desarrollo Internacional.
 BID- Banco Interamericano de Desarrollo

BIRF- Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento
 EXIMBANK- Banco de Importación y Exportación de los Estados Unidos. Organismo gubernamental para financiar el comercio estadounidense con el resto del mundo.

- (20) CIAP Informe citado, pág. 22.
- (21) Véase Martínez Galdeano, Fernando. El Por qué y el cómo de la nacionalización petrolera. En SIC No. 377 julio-agosto 1975, pág. 301-303.
- (22) Banco Central de Venezuela. La Economía Venezolana en los últimos treinta años, pág. 25.
- (23) Banco Central de Venezuela, Op. cit. pág. 43. A este respecto véase también Carrillo Batalla, Tomás Enrique. Crisis y Administración Fiscal. Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía UCV Caracas 1964.
- (24) Se refiere a la discriminación de los precios en otros productos manufacturados.
- (25) Caldera, Rafael. La Nacionalización del Petróleo. Ediciones Nueva Política Caracas 1975, pág. 34.
- (26) Véase Banco Central de Venezuela Informe Económico de 1969 cuadros A-X-6, A-X-7, A-X-9. Y Merhav, M. Posibilidades de exportación de la Industria Venezolana. Informe preliminar. Mimeo distribución reservada. Caracas 1971, pág. 18.
- (27) En Documentos No. 6 pág. 345.
- (28) Informe Secreto dirigido al embajador norteamericano en Venezuela Sr. Moscoso por sus asesores John M. Cates, Irving Fragen y Robert COX. En documentos No. 6 pág. 361.
- (29) Bolívar, Simón. Carta de Jamaica. En Obras Completas I, pág. 174.



CARTER Y LA COMISION TRILATERAL

EL CASO CARTER: UN FENOMENO PLANIFICADO

UNA INTERPRETACION INGENUA.

La victoria de Carter en las elecciones americanas ha sido interpretada como una inesperada resurrección de los ideales americanos sobre los despojos de la agonía nacional causada por la administración de Nixon y el virus de Watergate. No hay duda de la realidad de una reacción espontánea en este sentido. Tampoco hay duda de que ambos candidatos la hayan intentado personificar. De hecho la escogencia de Ford tenía mucho que ver con ello, por la parte republicana. Pero carecía de "carisma" suficiente para romper las trabas de sus viejas vinculaciones.

En cambio Carter representa con más limpieza y vivacidad la figura típica del "all american boy". Campesino, idealista, ingenuo, disciplinado y religioso. Encarnación exitosa de los ideales tradicionales americanos. Su figura arrastra a la masa del americano medio, el del trabajo incuestionado, el de mentalidad compasiva hacia las minorías raciales, el que ha hecho del "camping" semanal y de su iglesia local el ideal de vida; sobre todo el que nada entiende ni está afiliado a ninguna organización política. Una razón sustancial de la victoria de Carter se debió al hecho de haber captado una gran proporción de ese 47,2 por ciento de potenciales abstencionistas en el electorado americano.

Estos hechos, reales por cierto, han fundamentado cierta interpretación ingenua del fenómeno Carter. Se ha proclamado demasiado alegremente que ahí radica toda la razón de su triunfo. Hasta más allá de la frontera, las críticas de Carter a la política internacional americana de los últimos años —tan decepcionante para el Tercer Mundo— han provocado también entre nosotros actitudes optimistas. Actitudes lamentablemente ingenuas, como si la razón de nuestros problemas en el pasado fuera porque los dirigentes americanos eran malos; en cambio ahora todo irá mejor porque Carter es bueno.

La realidad objetiva no confirma esta versión. Hay otro aspecto, nada espontáneo por cierto, que también constituye parte integrante del "american way of life". Se

trata de su racionalidad política. La escogencia de candidatos, sobre todo desde que USA comienza a llevar la batuta de los destinos del mundo, no se deja a la espontaneidad popular. Un grupo de potencias económicas que aglutinan a los mejores cerebros del momento han trazado, desde entonces, las líneas políticas que favorecen sus intereses y ponen los medios para el éxito del candidato que mejor los encarna. La realización de este proyecto está por encima de su pertenencia partidista demócrata o republicana. Lógicamente tienen en cuenta las apetencias naturales de las masas en cada momento. De ahí que el candidato del momento tenía que encarnar una doble característica:

- 1) Representación viva de los clamores po-

pulares en favor del perdido espíritu americano, para consumo interno;

- 2) Una visión en política mundial que se fundamentara en la ideología de ese grupo y favoreciera sus intereses de dominación mundial.

La primera característica, por reacción natural, inclinaba la balanza hacia el partido demócrata. Y dentro de ese partido hacia alguien no mezclado con la conocida "mafia" de los políticos tradicionales ideológicamente politizados como Wallace (Derecha populista) o McGovern (Izquierda liberal). Este hombre limpio era Jimmy Carter. De ahí que ese grupo misterioso, sin connotación política pública, pero que siempre ha estado alimentando y orientando toda la política americana, haya sido el que en realidad ha escogido, preparado y financiado para hacer exitosa las naturales condiciones de Carter.

Siendo este grupo teóricamente más cercano a la ideología del partido republicano, sin embargo se decidió por un demócrata por razones coyunturales del momento americano. Su pertenencia política está supeditada a la conveniencia económica coyuntural. Por eso desde hace casi dos años, siendo todavía Carter gobernador de Georgia, fue invitado a tomar parte en sus reuniones. El mismo Carter confiesa en su libro "¿Por qué no el mejor?" (Why no the best?) que estas reuniones fueron para él "una espléndida oportunidad para aprender" (31). Este grupo que en distintas oportunidades ha tomado denominaciones diversas está estructurado en la actualidad bajo la denominación de "LA COMISION TRILATERAL".

De ahí la importancia de agudizar nuestro sentido analítico, poner a prueba las interpretaciones ingenuas y ver las fuerzas rea-



les que han hecho exitosa la presencia de Jimmy Carter como clave de la política mundial en los próximos años. Ello nos permitirá vislumbrar con cierta objetividad lo que podemos esperar en el próximo futuro. Y no solamente esperar, sino planificar nuestra estrategia en la búsqueda de una autonomía nacional.

LA COMISION TRILATERAL

Fue fundada en 1973 auspiciada por David Rockefeller, Director del Chase Manhattan, con el fin de establecer un lugar de encuentro de los ciudadanos más respetables de los principales países industrializados no comunistas, distribuidos en tres centros: Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. El Profesor Raymond Barre, actual Primer Ministro francés, y Chujiro Fujino, Presidente del consorcio Mitsubichi, son los principales representantes de Europa Occidental y Japón respectivamente. Es pues una organización internacional. Está formada por más de 200 personalidades representantes de los mayores consorcios económicos de los tres centros, principalmente banqueros. Algunos intelectuales y periodistas europeos la han identificado como "una conspiración mundial de banqueros" dirigidos por David Rockefeller.

IDEOLOGIA POLITICA.

No hay duda de que se trata de una asociación descaradamente ideológica. Su finalidad se cifra en salvar la crisis del capitalismo en contra de la amenaza del Este comunista y en contra de los recientes embates del Tercer Mundo por el Sur. Dentro de este contexto proponen un orden económico más equitativo sin salir de las estructuras existentes.

Parten de la base de que la apertura de los años 60, tan fructífera por otro lado, ha vuelto al mundo capitalista desarrollado ingobernable. El liderazgo único americano ya

no funciona. Se han desarrollado otros centros poderosos con capacidad y pretensión de liderazgo. La unidad se ha roto en la cumbre y la competencia interna ha debilitado al bloque. Se impone una nueva estructura directiva tripartita: es decir TRILATERAL, formada por Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, bajo la perfecta figura geométrica de un triángulo.

MIEMBROS AMERICANOS DE LA COMISION TRILATERAL (32)

- | | |
|--|--|
| 32 Jefes o altos responsables de empresas, incluidos 7 Presidentes-Bancos. | 10 Profesores |
| | 6 Directores de Institutos de investigación o enseñanza. |
| 20 Intelectuales: | 3 Publicaciones: entre ellos Time y Foreign Policy. |
| | 1 Periodista negro, Karl Rowan, |
| 3 Altos funcionarios del gobierno, | |
| 3 Sindicalistas, | |
| | 10 miembros del Congreso |
| 14 Políticos: | 3 Antiguos gobernadores de Estado |
| | 1 Parlamentario canadiense |
| 1 Ex-presidente del Concejo Nacional de Cooperativas agrícolas | |
| 1 Ex-presidente de la Liga de Mujeres. | |

Desde el punto de vista de su consistencia están muy fuertes los lados que unen los vértices: USA-Japón y USA-Europa Occidental. No tanto el lado correspondiente a Japón-Europa Occidental. La mayor o menor consistencia de los lados depende de la cantidad de mercado y dependencia mutua entre los vértices o centros.

A pesar de las notables diferencias de cada uno de los centros que les proporcionan su identidad específica, sin embargo existen afinidades que les dan bases para cierta unidad ideológica: La Democracia, en el vector político; la defensa de las libertades hacia dentro y de los derechos humanos hacia fue-

ra, en el vector ético; y la Filosofía liberal, en el vector económico. Estas coincidencias ideológicas refuerzan una serie de "intereses comunes" que hay que mantener, tanto para fortalecimiento interno como para defenderse de las aspiraciones del Este y del Sur. Por ejemplo, intereses comunes con respecto a la moneda, el comercio, la energía, la polución, etc. hacia dentro; y la defensa contra la proliferación nuclear, el terrorismo, los secuestros aéreos, etc. hacia fuera. El nacimiento y la actuación de la OPEP confirmó y precipitó esta "asociación de poderosos".



La unidad ideológica y la comunidad de intereses plantean la necesidad de "políticas comunes" en los que a estas áreas respecta. Para ello se hace indispensable la presencia de gobiernos definidos, fuertes, bien respaldados, en el interior de cada uno de los centros por un lado, y una necesaria cohesión de políticas, por otro. Eso no se consigue si sin un frecuente y sistematizado proyecto de consultas previas a la actuación política. En otras palabras, una cohesión de políticas es imposible sin la formación de una "Comunidad de Naciones Desarrolladas". He aquí en apretada síntesis la razón de ser de la Comisión Trilateral o de la Política Trilateral y su contenido ideológico.

UNA INTELIGENTE MANIOBRA

Siendo en su conjunto una creación americana, es lógico que fuera allá donde intentaran con más tenacidad la captación del gobierno. Entre los candidatos disponibles escogieron a Jimmy Carter. Así se entiende el respaldo económico en la campaña de Carter de instituciones poderosas como: El Chase Manhattan Bank, el Bank of América, la Coca-Cola, la Bendix, la Carterpillar, Lehman Brothers, la Sears and Roebuck, la Texas Instruments, la C.B.S., etc. cuyos presidentes son miembros de la Comisión Trilateral.

No hubieran proporcionado un apoyo tan sustancial si antes no estuvieran seguros de la línea de actuación de Carter, sobre todo en política internacional. Para ello fue formado previamente por ellos haciéndolo miembro de la Comisión. Prácticamente ésta ha sido la única escuela de Carter en política internacional.

Tampoco olvidaron la tradición americana de que cada Presidente tenga un centro académicamente prestigioso en que se apoya. Kennedy se afincó en su facultad de Harvard; Nixon en muchos egresados de U.C.L.A. Ahora Carter se apoya en la Brookings Institution, un centro de alto nivel académico, dedicado al estudio de problemas gubernamentales y a proponer estadísticas.

Dos son los puntos claves no partidistas en que se apoya Jimmy Carter: La Comisión Trilateral en política económica y la Brookings Institution en lo académico. Ambas instituciones están íntimamente ligadas. Lo demuestra el número de miembros que pertenecen al mismo tiempo a ambas instituciones. La Revista TIME, en su edición del 20 de Diciembre de 1976, afirma:

"Apenas hace dos semanas, Carter escogió a Cyrus Vance, miembro de la Comisión Trilateral, para Secretario de Estado. No menos de otros 16 trilateralistas —más o menos una cuarta parte

de los miembros americanos de la Comisión— están aconsejando a Carter durante la transición. Entre ellos están el Vice-Presidente de Carter, Walter Mondale; el antiguo director de la Comisión, Zbigniew Brzezinski. . .”.

“Por lo menos 10 de los 46 “senior fellows” de la Brookings Institution asisten a Carter en el traspaso del gobierno y algunos aterrizarán en su Administración. Entre los que han trabajado con Carter están: Charles Schultze, director de presupuesto en tiempo de Johnson. . .” (33).

En el gabinete definitivo hay cinco miembros de la Comisión Trilateral en puestos de primera línea:

El Presidente: Jimmy Carter
El Vice-Presidente: Walter Mondale
El Secretario de Estado: Cyrus Vance
El Secretario del Tesoro: Michael Blumental
El Consejero para la Seguridad Nacional: Zbigniew Brzezinski



BRZEZINSKI

El trabajo de la Comisión Trilateral no ha podido ser más fecundo. Por lo tanto, si queremos proyectar la línea que va a seguir USA en política internacional y su política con respecto al Tercer Mundo, debemos tener muy en cuenta las bases ideológicas del TRILATERALISMO en general y el pensamiento de Zbigniew Brzezinski en particular.

La importancia del pensamiento de Brzezinski se ha potenciado más ante la noticia de que Carter ha eliminado la complicada Comisión para la Seguridad Nacional y la han tomado bajo su responsabilidad personal con Brzezinski como su consejero principal. No olvidemos que este personaje fue director y principal ideólogo de la Comisión Trilateral hasta julio de 1976 en que compartió la dirección con un representante europeo y otro japonés.

Su pensamiento en política internacional se ha opuesto muchas veces al concepto de “Realpolitik” de Henry Kissinger. En su contra sostiene que la tendencia mundial se orienta más hacia la “diversidad” que hacia la “homogeneidad” ideológica. Esa orientación propende al modelo de “capitalismo en un solo país” paralelo al “socialismo en un solo país” Staliniano. Su factibilidad presupone gobiernos fuertes cada vez más estatistas. Más aún, mantiene que este modelo es muy propio de la tradición americana. Naturalmente nada tiene que ver esto con una soviétización americana. A primera vista esta concepción favorece un “pluralismo” que podría ser atractivo a las tendencias de autonomía del Tercer Mundo.

Sin embargo, ese pluralismo está limitado dentro de los parámetros estructurales de la organización actual del mundo. Por eso es muy ambiguo y peligroso. Pluralismo sin cambiar ni confrontar la composición estructural: Primer Mundo, unido en torno a la Comisión Trilateral; Segundo Mundo, desarrollado alrededor de la ideología socialista;

Tercer Mundo, subdesarrollado. Concibe instrumentar la estructura del mundo bajo la dirección de ciertas instituciones mundiales muy connotadas ideológicamente: El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, etc.. Hemos sido testigo de la "eficacia política" de estos bancos. Con su arma económica han imposibilitado gobiernos democráticos por ser de izquierda y han apoyado gobiernos dictatoriales con tal de que sean de derecha.



CYRUS VANCE

Un caso bien conocido de la actuación poco pluralista de estas instituciones fue Chile. Permitieron un enorme endeudamiento a Frei para su política de reformas con grandes facilidades de pago. Al subir Allende y cambiar la perspectiva ideológica chilena, presionaron de tal manera el pago de las deudas que ahogaron la posibilidad de estabilizar el cambio, para luego facilitar la tarea a Pinochet.

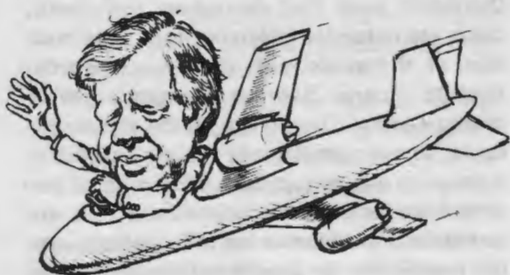
Brzezinski mantiene la bandera del "pluralismo ideológico", pero cuando este pluralismo se desglosa en sus componentes

—pluralismo político y pluralismo económico— la cosa cambia. Admite un pluralismo económico pero no un pluralismo político. Distinción nada fácil de realizar, por cierto, dadas las naturales interrelaciones. Esta posición de Brzezinski y de su compañero trilateralista George Ball fue expresada por el mismo Carter: "La preocupación democrática de las naciones debería excluir solamente a aquellos que se excluyen ellos mismos por el rechazo de la democracia misma". Es sintomática la posición de los trilateralistas ante la posibilidad de que el gobierno de Italia (país perteneciente a la órbita trilateral) pase a manos de los comunistas.

Kissinger estaba convencido de la inevitabilidad de un gobierno comunista en Italia y en tal caso su proposición consistía en expulsarla de la OTAN. Los trilateralistas se oponen a esta política, pero en el fondo buscan lo mismo: hacer imposible un gobierno comunista en Italia. La diferencia está en el método: Kissinger por medio del retiro de la defensa militar; los trilateralistas por medio del retiro de toda ayuda económica. Para Brzezinski la influencia soviética no es tan fatal a pesar de que no cree en las proclamas antisoviéticas del eurocomunismo de Berlinguer. Por eso rechaza el método de Kissinger de expulsión de la OTAN y se adhiere más bien a la posición germana de Helmut Schmit: profundizar el desastre económico italiano negándole toda ayuda.

La posición trilateralista, dirigida por Brzezinski y Ball, con respecto a Italia sería la siguiente: primero, endeudar el país para ahogarlo con sacrificios que levantarían al poderoso movimiento obrero; segundo, esto provocaría la expulsión del corrupto partido socialcristiano y se formaría un gobierno exclusivamente comunista moderado con Berlinguer; tercero, ante la ingobernabilidad causada por la situación económica vendría un golpe para poner orden; por fin, se volvería a un nuevo sistema democrático menos populista y más presidencialista.

PRIMERAS ACTUACIONES DE CARTER



Todo el mundo las ha estado esperando para tratar de descifrar a través de ellas el contenido ideológico de su pensamiento. La ambigüedad y el misterio en este respecto han sido una de las armas de triunfo. Le Monde Diplomatique cita la siguiente frase de Carter: "Yo no soy un ideólogo y jamás se podrá saber de antemano qué posición voy a tomar". Por eso se están observando con tanta curiosidad las líneas de sus primeras actuaciones.

La primera medida, extraordinaria por cierto en los anales de un gobierno americano, confirma que la política trilateral tiene un puesto primordial en la proyección del Presidente Carter. A las 72 horas de su toma de posesión ha mandado a su Vice-Presidente —miembro de la Comisión Trilateral— a visitar los otros dos vértices del triángulo: Europa Occidental y Japón. Walter Mondale no ha ocultado el objetivo de su gira: la cada vez mayor comunicación de los tres centros, y el establecimiento de políticas comunes para lo cual prepara una magna reunión de los económicamente fuertes en Londres. Es precisamente la razón de ser de la Comisión Trilateral.

Los temas tratados con los diversos grupos coinciden también con los "intereses comunes" que hemos descrito antes: hacia dentro de ellos, mercadeo mutuo, problemas

energéticos, polución, etc.. Y hacia fuera de ellos, problemas de proliferación nuclear y de sus implementos, venta de armas convencionales, terrorismo, etc.. En el punto de armamentismo es donde claramente se descubre la ambigüedad, por no decir falsedad, del famoso pluralismo. El control de la proliferación de armas, tanto atómicas como convencionales, es para consumo externo al consorcio de los grandes. Porque en lo que respecta a la OTAN —organización militar para su defensa— ha prometido aumentar el presupuesto sacándolo de la política reduccionista general anunciada por Carter.

Hay un dato que pudiera parecer contrario al aspecto que hemos descrito como "cerrar filas de los poderosos" en contra de las exigencias del Tercer Mundo. Se trata de la apertura declarada por el nuevo Secretario del Tesoro americano Michael Blumenthal para que la OPEP participe en las decisiones de organismos tales como: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional. etc.. Esta participación incluso ha sido demandada por líderes del Tercer Mundo, entre ellos nuestro Presidente Pérez.

Sin embargo, esta apertura puede ser —y todos los indicios inclinan a pensar que lo es— más estratégica que real. Saben que la OPEP es la única organización que les ha hecho daño y lo puede seguir haciendo. El control americano sobre Arabia Saudita está condicionado en sus fundamentos por el problema político árabe israelí que se puede voltear en cualquier momento. Esto supuesto, nada consiguen de una confrontación con la OPEP que pudiera en reacción establecer un nuevo boicot petrolero, liderizar a la masa del Tercer Mundo y hasta propiciar con ayudas económicas nuevas organizaciones de productores de materias primas.

La estrategia es clara: evitar confrontaciones —que es la política Brzezinski—, atraerlos como minorías adentro de sus organizaciones creadas para mantener la estructura

actual del mundo y ahogar en su propio terreno la posible peligrosidad de la OPEP.

¿Cuál debería ser la política auténtica de la OPEP como el arma más fuerte del Tercer Mundo? Sigue válida la vieja consigna maquiavélica: "Del enemigo el consejo". La OPEP puede llevar la misma política que el trilateralismo ha llevado con ella y que tanto daño le ha hecho: romper la unidad política del grupo adversario. Hasta le conviene seguir la política de no-confrontación.

La forma cómo la OPEP podría intentar romper la unidad política de los poderosos sería tentando —aunque fuera con sacrificios económicos— a alguno de los Centros del Triángulo con ventas bilaterales de petróleo a precios especiales de gobierno a gobierno. Las compañías petroleras transnacionales son el instrumento del ejercicio de la unidad política de los poderosos; por lo tanto hay que descartarlas. La ruptura de esa "unión

de países poderosos" es la única vía de desarrollo autónomo para el Tercer Mundo.

No pensamos que la realización de esa "Unidad Trilateral" sea muy fácil. Hay fuerzas divergentes de diferenciación en cada uno de los tres vértices del triángulo. Sin embargo, el intento está claro. De ahí podemos inducir que a los países del Tercer Mundo nos espera un futuro bastante agitado con Jimmy Carter en el poder. No tenemos por qué dudar de su bondad natural y de su personificación de los ideales americanos; pero sí debemos muy seriamente dudar de nuestros optimismos ingenuos y asumir con realismo las tareas que como responsables de la construcción de la autonomía nacional debemos realizar. Es mejor pecar por el lado de la sagacidad que por el de la ingenuidad. Desgraciadamente cargamos con la connatural tendencia del débil hacia la ingenuidad.



CARTER & PÉREZ

notas

(30) Las opiniones expresadas en esta entrega están fundamentadas principalmente en dos artículos de fondo:

* Trilateralism: "Partnership" for what?, Richard H. Ullman, Foreign Affairs, Oct. 1976, Vol. 55, No. 1.

* Les puissances Economiques qui soutiennent J. Carter, Diana Johnstone, Le Monde Diplomatique, Nov. 1976, no. 272.

(31) Time, Dic. 20, 1976.

(32) Le Monde Diplomatique, No. 272, Nota 3.

(33) Carter's Brain Trusts, Time Dic. 20, 1976, pág. 27.

REFLEXION FINAL

Los dirigentes de la economía y de la política norteamericanas consideran que no pueden imponer su dominación imperial a los pueblos, sin que estos perciban algunos beneficios de esa dominación. Con respecto a América Latina ven las funestas consecuencias a mediano plazo del respaldo incondicional dado a las dictaduras inhumanas que se han instalado en los últimos años: si institucionalizan la represión política y el empobrecimiento sistemático de la población trabajadora (caso evidente en Chile, Brasil, Uruguay, Argentina...) están acumulando leña para futuros incendios revolucionarios.

Un cálculo más refinado a la luz de los nefastos resultados de las dictaduras, está aconsejando ciertos cambios de la política norteamericana hacia América Latina. No cabe duda que a esta revisión está contribuyendo el deseo de una moralización interna y externa propuesto por el presidente Carter para la política norteamericana altamente desprestigiada. Por eso aparece como el abanderado de la defensa de los Derechos Humanos e incluso ejerce presiones muy positivas y válidas para que los regímenes dictatoriales suavicen sus métodos inhumanos. Al mismo tiempo buscan en la democracia venezolana un interlocutor más acorde con esta línea que la dictadura brasileña ensalzada en años anteriores.

En esta tendencia de presentar un rostro más humano, a fin de prevenir una rebelión en el continente, sobresale el nuevo tratado con Panamá sobre la Zona del Canal.

Pero esta política positiva tiene un obvio límite: llegará hasta donde empiece a poner en peligro el dominio imperial. Esto ya se ve a fines de 1977: más que contribuir a derrocar las dictaduras, EE.UU. va a pactar con ellas a condición de que guarden las formas y suavicen las violaciones más brutales de los derechos humanos.

Por eso la solución para nuestros pueblos debe venir de ellos mismos. La presión que la opinión pública y el sentir del pueblo norteamericano ejercen sobre sus gobernantes es fuerte e importante, pero América Latina podrá beneficiarse de esa presión en la medida en que luche por lograr una organización popular y unos gobiernos con clara voluntad de independencia nacional.

Sus relaciones con EE.UU. serán tanto más satisfactorias cuanto más coherencia interna haya entre nuestros pueblos para presentar un frente económico y político común de dignidad e intercambio equitativo.

FELIX MORACHO, S.J.



CRISTIANOS HOY



* *Un esfuerzo para traducir el mensaje de Cristo de forma adecuada e inteligible para el venezolano de hoy.*

* *Una ayuda para actualizar nuestra fe cristiana y comprender sus compromisos.*

* *Un libro al servicio de la fe y promoción de la justicia.*

LIBRO QUE AYUDARA

- * *a profesionales, universitarios, profesores de primaria o secundaria, a todos los que preocupa el tema cristiano, para actualizar, profundizar, sus inquietudes religiosas (cristianas).*
- * *a la reflexión y estructuración de la fe en el Bachillerato.*

Distribuyen en Caracas

- Distribuidora Estudios Torre Bandagro, local 1, Jesuitas a Mijares, Apartado 2.885, Caracas 101, (Teléfonos: 81.33.55 y 81.12.35).
- Secretariado Catequístico Arquidiocesano (Teléfono: 45.40.06).
- Centro Gumilla (Tfnos: 661.28.40 y 661.95.15)
- Departamento de Catequesis (Tfno.: 81.87.16)

232 pgs.

P.V.P. Bs. 10,00

CURSO DE FORMACION SOCIO-POLITICA

- 1-2: ¿Qué vas a hacer con tu vida? (Completamente reformado)
- 3: Análisis Socio-Político de Venezuela (Reeditado)
- 4: Análisis Socio-Educativo de Venezuela (Reeditado)
- 5: Análisis Socio-Económico de Venezuela (Reeditado)
- 6: Problemas Sociales de Venezuela (Completamente reformado)
- 7: ¿Dónde está Venezuela) (Agotado)
- 8: Los Medios de Comunicación en Venezuela (Completamente reformado)
- 9: ¿A dónde van los millones? (Agotado)
- 10: Los Cristianos ante las injusticias Sociales (Completamente reformado)
- 11: Los Partidos y la Participación Política
- 12: Venezuela y el Petróleo
- 13: La Nacionalización del Hierro
- 14: La propiedad Privada: Iglesia, Capitalismo, Socialismo
- 15: Cristianismo y Socialismo
- 16: Historia de la Lucha Armada en Venezuela
- 17: La agricultura en la economía Venezolana
- 18: El productor agrícola
- 19: Relaciones entre U.S.A. y Latinoamérica

CENTRO GUMILLA
Avenida Cristóbal Rojas, No. 16 – Santa Mónica
Apartado 40225 – Telf. 661.28.40
CARACAS 104 – VENEZUELA
1977

